

Casa abandonada (intervenciones)

Gustavo Guerrero

LXXV

*Esta es la casa, el mar y la bandera,
errábamos por otros largos muros.
No hallábamos la puerta ni el sonido
desde la ausencia, como desde muertos.*

*Y al fin la casa abre su silencio,
entramos a pisar el abandono,
las ratas muertas, el adiós vacío,
el agua que lloró en las cañerías.*

*Lloró, lloró la casa noche y día,
gimió con las arañas, entreabierta,
se desgranó desde sus ojos negros,*

*y ahora de pronto la volvemos viva,
la poblamos y no nos reconoce;
tiene que florecer, y no se acuerda.*

Neruda, *Cien sonetos de amor*.

I

En el centro de la casa abandonada
hay un cuervo que devora
las entrañas del tiempo.

No sé cuándo llegó.

Tampoco quién lo trajo.

Yo andaba por la luz
de la mañana a la tarde,
tras el niño del sol
y su carro de fuego.

Desde siempre,
me acostumbré a lo más alto:

esta es la casa, el mar y la bandera,
decía muy sentencioso,
midiendo mis palabras.

Al punto aparecían
una ciudad,
un puerto,
y el bullicio de unas calles
haciéndose más hondo en la distancia.

Así fui descubridor, fundador, maestro.

Y mientras tanto
en mí otra historia se contaba
como se cuenta balbuciente un sueño:

todos errábamos
por otros largos muros
y nuestros puños golpeaban la piedra.

*No hallábamos la puerta ni el sonido
y el eco era una voz que nos hablaba
desde la ausencia, como desde muertos.*

Nadie oyó entonces al cuervo.

Pero allí estaba su bulto en la penumbra
y con él
toda la noche que volvía desafiante
entre dos alas y un solo manchón negro.

Ese era su reino cerrado y oscuro,
flor de tinieblas que nada ocultan
porque su vacío es su misterio.

Nadie oyó entonces al cuervo.

Nadie podía hacerlo.

No hubo imagen material
que diera cuenta del miedo.

II

Y al fin la casa abre su silencio.

Cierra los ojos y escucha
el rumor de las grietas,
y oye cómo discurren
más veloces que sus trazos.

Entre la cal y la piedra,
desde el fondo de los muros vencidos,
avanzan repitiendo su infinito garabato:

mil caras del azar, el olvido y la nada,
mil mapas de una vida alelada y confusa;

o tan sólo la red de las vetas profundas
proclamando a la luz
su ilusoria certeza:
la oquedad es origen,
destino y vértigo.

Cierra los ojos y escucha
cómo cruje el cascote:

entramos a pisar el abandono
de aquello que fue amparo
(y dio amparo),
de aquello que fue voluntad y deseo.

¿De qué están hechos hoy sus restos,
su bazofia,
su inmundicia?

¿Con qué materia erigimos
el más noble bastión?
¿Cuánto amor,
cuánto cuidado sobreviven?

¿O qué gestos,
qué palabras dispersas?

Cierra los ojos y escucha:

Las ratas muertas, el adiós vacío,
el agua que lloró en las cañerías
dicen que la casa ya se ha ido,
que se ha adentrado en su recuerdo.

Proclaman que el viento
que aún sopla entre las ruinas
sólo busca al viento,
como el agua
que fluye
indiferente

sólo busca al agua,
hasta que alcanza
el lugar
de su quietud.

III

Lloró, lloró la casa noche y día
y así se abrieron las heridas
por las que entramos a verla
abocados y sin ruido,
como si hundiéramos las manos
suavemente en el tiempo.

(Un polvillo dorado
se desprendía de las cosas
e iba cayendo muy lento
en su lecho sin término)

Y no obstante
siempre hay algo que resiste,
algo que estaba allí
con la piedra del comienzo.

(Intacta y secreta,
breve isla que duermes en tu sombra,
otra casa habita la casa
que *gimió con las arañas, entreabierta,*
que *se desgranó desde sus ojos negros*).

Porque conoce el dolor y no sufre intemperies
le disputa a los años su imperioso abismo.

Y en los muros deslavados
y en las maderas podridas
pugna y persiste
como una vieja memoria.

Ya sé que no tiene nombre.

Pero cuando arde el flamboyán,
cuando la lluvia brilla sobre las hojas del plátano,
entonces, entonces,
intensa,
oscuramente,
el cuerpo
lo recuerda
material y primero.

(El lo recuerda
y tú,
sin recordar,
lo sabes.)

IV

Y ahora de pronto la volvemos viva
(o eso decimos),
como si no siguiera aquí
la solitaria obra de las tardes
que se llevaron poco a poco al presente
y fueron dejando en su lugar
(en su vacío)
los trofeos del despojo
y la ausencia:

el aire fijo y denso del encierro,
la humedad y sus manchas lascivas,
la hojarasca que se amontona en los rincones
y a veces corre por las piezas
como una niña vieja, desgredada y perdida.

Así repite y repite
la misma frase breve y blanca,
la misma absurda cantinela,

(hasta que un día calla sin saber por qué
y la casa
se entrega entonces
a la obsesión de un solo pensamiento
que todo lo afantasma).

Y ahora de pronto la poblamos
y no nos reconoce
porque ya no es el perro
que sale a buscamos
y nos lame las manos,
porque ya sólo es traza y memoria,
evocación, huella, o signo
(el inquieto llamado
de un ave invisible
que escruta nerviosa
su parte del cielo
y de repente
nos invita a seguirla
hasta el corazón del alba,
hasta ese pozo de luz negra
donde reposa en silencio
el secreto de nuestra pesadumbre).

Y ahora de pronto tiene que florecer
y no se acuerda
porque su única flor es ya
la desnudez del tiempo
y su único recuerdo,
la fijeza de aquellos
que han contemplado
tanto y tan bien su muerte
que al final sólo esperan
que les cierren los ojos
para ver el desfile
de las horas vacías
y sentir desde adentro
la erosión, el derrumbe
(el cuerpo que la vida

le devuelve a la tierra
en pago de la prenda
de la sed y los sueños).



Rodrigo Grande: *Presos del olvido* (2001)